

CATALUÑA

DIETARIO VOLUBLE

La altura del vértigo

ENRIQUE VILA-MATAS

L»Se trata de llevar la vida al otro lado. A la fascinación del peligro extremo se le une el encanto añadido de lo clandestino. A un lado, la masa de una montaña. Una vida que el funambulista conoce. Al otro, un universo de nubes tan lleno de lo desconocido que hasta le resulta vacío. Demasiado espacio. A sus pies, un cable de acero. Nada más. Sus ojos captan lo que se levanta frente a él, que no es más que la parte superior de la torre norte del World Trade Center. Sesenta metros de cable por delante. El camino está trazado. Philippe Petit está a 400 metros de altura, entre las dos Torres Gemelas, verano de 1974.

Paul Auster aún recuerda con intensidad y emoción la mañana de 1974 en que su amigo el funambulista Philippe Petit "le hizo un regalo de una asombrosa e indeleble belleza a Nueva York". Ese día, Philippe Petit, después de meses de preparativos clandestinos, tendió por sorpresa un alambre de acero entre las torres gemelas del World Trade Center y fue de una azotea a la otra, cruzó el vacío en una larga travesía del aire que duró 45 minutos inmortales.

Que recordemos mucho más la destrucción de las torres gemelas que aquel acto artístico de gran belleza que tuvo lugar un cuarto de siglo antes en el mismo escenario es, en el fondo, algo bien comprensible, pues hubo un mortal desastre aquel 11 de septiembre. Pero eso no quita que sería genial si, en lugar de arrinconar tanto la memoria de la belleza, estuviéramos hechos de otra materia y fuéramos capaces de recordar con la misma intensidad que la destrucción la poesía extraordinaria del gesto del funambulista Philippe Petit el día en que alcanzó las nubes en lo alto del World Trade Center.

Alcanzar las nubes, que publica Alpha/Decay, es el libro en el que Philippe Petit cuenta detalladamente la historia de la gran aventura que terminó el día en que al sur de Manhattan realizó su más grande actuación aérea: el día en que, venciendo al vértigo ("guardián del abismo" lo llama), entró en contacto directo con los dioses al cruzar de una azotea a otra en lo más alto del cielo y del aire de Nueva York.

De lo que es capaz un hombre. Pero la gran acción—siempre hay un lado cómico en toda gran acción—se gestó en realidad en un lugar muy pequeño, en el invierno de 1968, en París, en la sala de espera de un dentista. Philippe Petit apenas tenía 18 años cuando, con dolor de muelas y estilo ya funambulo, hojeó un *Paris Match* en el que se decía que estaban terminando de construir las torres gemelas de Nueva York y que éstas superaban en un buen número de metros a la pobre Tour Maine-Montparnasse. Parecía que le estuvieran diciendo que las dos torres de Nueva York eran inalcanzables. Philippe arrancó la hoja de la revista y salió corriendo de la sala de espera de aquel dentista, y a partir de entonces pasó a vivir con su obsesión por tender un cable entre las dos torres y cruzarlas. Viajó a Nueva York y durante meses comenzó a inspeccionar las posibilidades de subir clandestinamente una madrugada hasta la azotea de la torre sur del World Trade Center y hacerlo provisto de



PERICO PASTOR

todo para la proeza: cuerdas de polipropileno y nailon, aparejos de polcas con gaviillas, cables de acero de varios diámetros, vigotas con cuerdas de fibra, cinturones de seguridad, guantes de obra, destornilladores y llaves inglesas.

Cuando años más tarde, en 1974, en la aduana de Nueva York un policía le preguntó por qué llevaba todo aquello en el equipaje, Philippe Petit contestó:

—¡Oh!, no es nada. Soy funambulo, y estoy aquí para tender un cable entre las torres gemelas del World Trade Center.

El policía respondió con una larga y sonora carcajada y con un ademán le invitó a entrar en Estados Unidos.

2» Tras su ilegal travesía del aire, los periodistas le preguntaban a coro en la comisaría por qué lo había hecho, y contestó espontáneamente: "Cuando veo tres naranjas hago malabarismos, cuando veo dos torres, ¡camino!".

De *Alcanzar las nubes*—que he leído poniéndome muchas veces en el lugar de Philippe Petit y sintiendo entonces un vértigo infinito—difícilmente olvidaré un momento, curiosamente uno de los pocos que no relaciono con el vértigo físico, sino con un sentimiento de misterio y al mismo tiempo de vértigo anímico, interior. Un hecho pavoroso, cargado de extraño significa-

do, como una premonición de la altura del vértigo del propio rascacielos en construcción. Un hecho pavoroso visto en retrospectiva, es decir, visto después del 11 de septiembre. Se trata del momento extraño en que Petit está haciendo las primeras inspecciones para ver si será posible realizar su actuación por sorpresa y perlehe un H. A., es decir, un "hecho aislado", que así es como los antropólogos llaman en sus informes a cualquier hallazgo atípico en su campo. Philippe Petit está subiendo las escaleras de las plantas más altas de la torre sur y le parece que ha habido un terremoto, que luego ve que en realidad ha sido una sacudida, una sacudida interior. En cuestión de segundos, los escalones de metal empiezan a trepidar bajo sus pies. Luego las barandillas a las que se agarra vibran levemente. No, no tan levemente. Los escalones, las barandillas y su cuerpo han traspasado su temblor a los tabiques del hueco de la escalera y todo el edificio empieza a estremecerse. A través de la obra le llega el grito de la torre: su estructura de acero que se dilata y se encoge, que se retuerce y aplasta, ha dejado escapar una queja de dolor.

Imposible no pensar que un hombre, el funambulista Philippe Petit, fue advertido vagamente por el propio edificio de lo que un trágico día—que todo el mundo hoy recuerda—sucedería.

ENTRADA GENERAL

Con ojos de turista

XAVIER THEROS

Dicen que viajando se aprenden cosas y se conoce gente. Así pues, salgo de casa dispuesto a comprobarlo. Eso sí, sin riesgo alguno y por un módico precio. Poniendo ojos de turista tampoco es tan difícil ver el lugar donde vives de una manera distinta. Elijo el autobús número 24, la línea de transporte público cuyo recorrido incluye mayor número de lugares emblemáticos de la ciudad. Desde la Barcelona más canalla a la más señorial, en apenas una hora de trayecto: un corte limpio de mar a montaña que tiene su inicio en la placita a la que se asoma El Molino, en pleno Paralelo. Allí aguarda un matrimonio mayor vestido de domingo, mientras el autobús reposa con las puertas cerradas, esperando a que vuelva el conductor. Cuando éste aparece, enfilamos las rondas con el vehículo medio vacío.

Llegamos a la plaza de Catalunya y todo se transforma. Los pocos viajeros del principio del trayecto se bajan y son rápidamente permutados por turistas que se dirigen al parque Güell. Y por carteristas que, como si fuese un cardumen de peces, persiguen a los turistas cual barracudas. A todos les da igual que sea invierno. Dejamos la ciudad vieja y ascendemos por el burbujeante paseo de Gràcia. Estamos en la segunda fase del viaje. Ahora el autobús va atestado hasta los topes, mientras un par de teutonas no paran de hacer fotografías por la ventanilla del vehículo. Pero, al llegar a la calle de Gran de Gràcia, cesan los flases. Nadie parece haber explicado a nuestras visitantes que este modernismo acristalado es tan importante como el del mejor Gaudí.

Como si de una procesión de antaño de tratase, despacio, ascendemos hasta la plaza de Lesseps, imposible entre tanta obra y tanta grúa. Por en medio de vallas, nos deslizamos hacia el barrio del Carmel. A estas horas, el ambiente dentro del autobús se parece al de una excursión al campo. No cantamos, pero casi. Para que no falten emociones, un pasajero vociferante se encara con un joven de aspecto sospechoso, al que acusa de intentar birlearle la cartera. Todo esto ocurre frente al estadio del club Europa de fútbol, mientras crece la expectación ante el cercano parque Güell, donde descendiendo entusiasmado todo el pasajero. Todos menos el matrimonio endomingado y yo. Ellos se apean un poco más tarde, en el mirador de la Mitja Lluna, después de asegurarme que es la mejor vista panorámica de Barcelona. Desde los pies de Montjuïc hasta las faldas de la sierra de Collserola, siempre hacia arriba, nos hemos subido sin despeñarnos a los muslos de la ciudad.